

1808
desde
2008

José Ángel Achón Insausti

¿QUÉ OCURRIÓ EN 1808?

En 1808 el mundo, el viejo mundo europeo, se tambaleaba mientras se anunciaban los albores de una nueva época. Mientras Goethe publicaba la primera parte de su *Fausto* y Beethoven estrenaba sus sinfonías 5ª y 6ª, Davy descubría el magnesio, el estroncio y el bario, un año después de haberlo hecho con el potasio y el sodio. Se creaba el Banco de Brasil y se iniciaban las obras de la Bolsa de París. Nacía Espronceda y, sólo un año después, coincidían en ver la luz Allan Poe, Darwin, Lincoln, Proudhon y Larra, al tiempo que Lamarck presentaba su teoría de la evolución. El año se había iniciado con la prohibición de importar esclavos en Estados Unidos y vería el triunfo de Madison en las presidenciales de ese país. Pero en Europa, el protagonista era Napoleón. Un Napoleón que seguía sin encontrar freno en su expansión por el continente, que ocupaba

los Estados Pontificios, que ya había provocado el desmembramiento del Imperio Germánico y cuyas tropas se paseaban por Berlín, episodio éste nada ajeno a la reacción de un veterano profesor, Johann Gottlieb Fichte, que pronunciaba entre 1807 y 1808 sus “Discursos a la nación alemana”.

Tampoco la península ibérica se libraba de la influencia del emperador. Las tropas francesas atravesaban los Pirineos en febrero por sus dos extremos y llegaban a Madrid justo unos días después de que el Motín de Aranjuez obligase a Carlos IV a abdicar a favor de su hijo Fernando VII. Napoleón atrajo hacia Bayona a toda la familia real, consiguiendo la cesión de sus derechos al trono, que inmediatamente depositó en su hermano José Bonaparte. El vacío de poder, la ausencia de estado, fue la antesala de la Guerra de la Independencia, precedida por revueltas puntuales en Burgos y León en abril, y prácticamente abierta y generalizada a partir de los levantamientos del 2 de mayo. El vacío de poder tuvo repercusiones también notables al otro lado del Océano, propiciando la ocasión para los movimientos emancipadores en Hispanoamérica.

Los acontecimientos de 1808, los que les siguieron y sus consecuencias, han sido tratados con profusión por historiadores y otros analistas. No es cuestión de resumir aquí sus conclusiones sino de plantear, con ocasión del aniversario, una cuestión más básica: ¿por qué hoy, en 2008, nos siguen interesando estos acontecimientos?

SOBRE LOS USOS DE LA HISTORIA Y DE LA MEMORIA

La respuesta a esa pregunta depende, evidentemente, de lo que consideremos que debe ser la ciencia histórica o el oficio de historiador. Podría ser un espacio o un momento para el ocio personal de éste, en el que la recreación del pasado se convierte en un objeto en sí mismo. Pero sin ser esto algo condenable, en absoluto, sí parece insuficiente. Por ello, el pasado no debería ser considerado tanto objeto de conocimiento en sí mismo como instrumento para el mejor conocimiento del presente. En palabras de Koselleck, un “pasado presente”, lo cual, a su vez, puede concretarse al menos de dos maneras.

En primer lugar, puede hacerse un ejercicio de retrodicción que ilumine la génesis de nuestro tiempo, de nuestra cultura, de nuestros problemas, con la gran ventaja de que conocemos el resultado final de los procesos, aunque ello no nos autoriza a convertir esa secuenciación en relaciones de causa-efecto con validez universal, pues ello nos llevaría a una especie de “tiranía” del pasado sobre el presente y el futuro. Otra tentación a evitar en toda búsqueda de una génesis es la de forzar tal ejercicio atribuyendo al pasado características del presente, encontrando, por decirlo así, naciones en tiempos de Viriato. Aquí sí, el ejercicio –instrumental– de reconstrucción científica del pasado para interpretar los hechos en su propio contexto, con las categorías y lógicas propias de cada tiempo, parece una obligación, al menos si queremos evitar que el ejercicio de búsqueda de la génesis no derive en un simple ejercicio de justificación atemporal del objeto cuyo origen se indaga, lo cual nos llevaría a otra “tiranía”, la del presente sobre el pasado, no menos nociva que la anterior.

Hay, en segundo lugar, otra manera de que el conocimiento del pasado incida en la mejora del presente, y me detendré algo más en ella por cuanto se la ha prestado menos atención a pesar del clásico dicho acerca de la “Historia magister vitae”. Es aquella que convierte a la historia en memoria,

en conjunto de experiencias racionalizadas que permiten que afrontemos nuestros problemas del presente y del futuro armados -y no “cargados”- con esa experiencia. No se trata de apelar al valor de la experiencia por sí misma -por el hecho de serla- y de forma acrítica -por ser “tradición”, casi mito-. Pero tampoco al olvido de la experiencia al que parece conducirnos una sociedad que, a veces, parece mirar al futuro alocadamente a través de una valorización en exclusiva de “lo nuevo”, también sólo por el hecho de serlo. Cabe, pensamos, una acción intermedia en la que interioricemos, racionalicemos nuestra memoria y la convirtamos en auténtico “patrimonio”, en la que nos “empoderemos” del conjunto de experiencias del hombre en sociedad. En ese conjunto de experiencias racionalizadas, en ese patrimonio, encontraremos material de reflexión sobre la adaptación del hombre al medio, a la aparición de nuevas tecnologías, a los momentos de grandes cambios, a las relaciones con sus semejantes, etc. En suma, una suerte de “ADN cultural” que parece imprescindible ir descodificando para afrontar nuevos retos. Pero, para ello, no sólo cabe reconstruir sino, también y sobre todo, interpretar, dar sentido.

MEMORIA DE 1808

Y aquí retomamos el origen de nuestra reflexión: ¿cómo “mirar” hacia 1808 desde 2008?, ¿cómo interpretar los acontecimientos de ese año desde nuestros problemas, inquietudes y expectativas de futuro? Y en consonancia con lo antedicho: ¿qué material de reflexión nos ofrece la experiencia de 1808?

Parece claro el objeto de esa reflexión. Nos interesan el estado y la nación, más en concreto su casamiento, e incluso dilucidar cuánto tiene de ineludible ese maridaje. Pero vayamos por partes. El contexto de 1808 alude, al menos, a tres fenómenos que inciden en el nacimiento del estado-nación como marco de la acción política y como protagonista de la Modernidad. En primer lugar, la aparición en todo su esplendor de la conciencia

nacional. No es que el fenómeno no tuviese antecedentes, pero ahora se convertía en motor de la acción política. El pueblo en armas contra el invasor tomaba conciencia de su individualidad, de sus peculiaridades, de su unidad cultural, de la necesidad de defender sus libertades. Una actitud y una conciencia bien diferentes a la de quienes, en siglos inmediatamente anteriores,

habían luchado como súbditos de un monarca en defensa de una confesión y del liderazgo de la cristiandad. No es mera casualidad que también en 1808 Fichte pronunciara sus “Discursos a la nación alemana”, ante la debacle y humillación del Sacro Imperio Romano Germánico. El segundo fenómeno, precisamente, es el final de los Imperios de sabor medieval o renacentista, pues junto a la caída del Sacro, 1808 anunciaba la rebelión de los súbditos de la Monarquía Católica en América, fresco todavía el ejemplo del proceso emancipador protagonizado por sus vecinos del norte. Y, junto a esto, tercer fenómeno, la aparición del estado en su versión contemporánea. El estado producido por la razón, una concentración impensable de poder legítimo amparada por el imaginario ilustrado del contrato social o de la superación del estado de naturaleza. Es decir, el estado como continuador de la polis en la misión civilizadora de ordenar racionalmente las relaciones humanas.

Siendo estrictos en relación con ese tercer fenómeno, el estado, más bien habría que decir que el agotamiento de las formas políticas del Antiguo Régimen y su manifiesta incapacidad ante el empuje napoleónico, junto al triunfo del nuevo imaginario ilustrado, ponían más bien en evidencia la necesidad del estado antes que su presencia. La debilidad de una monarquía como la española venía a resaltar la ausencia de un estado, aunque fuese en sus formas más embrionarias, y tal ausencia, al venir a poner en riesgo la propia nación, se tornaba dramática. La conclusión estaba preparada para instalarse firmemente en el imaginario occidental: no puede haber nación sin estado.

España, en efecto, es un caso paradigmático y prolongado en el tiempo, pues la crisis de 1808 incidió sobre un tejido social todavía poco cohesionado, una economía poco modernizada y una escasa tradición de funcionamiento de sus ins-

El estado producido por la razón, una concentración impensable de poder legítimo amparada por el imaginario ilustrado del contrato social o de la superación del estado de naturaleza. Es decir, el estado como continuador de la polis en la misión civilizadora de ordenar racionalmente las relaciones humanas.

1808 fue, en realidad, la antesala de un siglo XIX en permanente crisis.

tituciones representativas. De esta manera 1808 fue, en realidad, la antesala de un siglo XIX en permanente crisis.

Pero ahora nos interesa el fenómeno en sí mismo y no tanto sus concreciones territoriales. Lo que debemos constatar es que tanto el estado como la nación —la nación moderna, con tendencia a la homogeneidad cultural y con ambiciones políticas— y, con más razón, su conjunción, tienen fecha de nacimiento. Lejos de ser esto una obviedad, habrá que recordar que durante dos siglos nos hemos empeñado precisamente en lo contrario, en convertir a estado y nación en dos esencias de la historia de la humanidad, en dos sujetos de la historia cuando en realidad

son productos de la misma. Además, el progreso de la humanidad se ha identificado con la perfección de su conjunción, con el inevitable corolario de que no hay opciones alternativas. La historia conduciría al progreso cuando la nación libre y soberana culmina sus aspiraciones con la constitución de un estado y sale airosa de sus embates frente a quienes quieren impedir tal conjunción. En caso contrario, no sería una historia de progreso ni de libertad, sino de subyugación y tiranías... una historia “incompleta”.

Es necesario recalcar esta historicidad de las categorías de estado y nación, especialmente ahora que continuamente nos preguntamos sobre el fin de la modernidad, es decir, sobre la fecha de

Tanto el estado como la nación –la nación moderna, con tendencia a la homogeneidad cultural y con ambiciones políticas– y, con más razón, su conjunción, tienen fecha de nacimiento. Lejos de ser esto una obviedad, habrá que recordar que durante dos siglos nos hemos empeñado precisamente en lo contrario, en convertir a estado y nación en dos esencias de la historia de la humanidad, en dos sujetos de la historia cuando en realidad son productos de la misma.

caducidad de los marcos, las instituciones e incluso los valores que han presidido nuestra historia reciente. En efecto, en 2008 nos surgen dudas sobre la continuidad del maridaje estado-nación, e incluso proclamamos la muerte del estado soberano, o nos vemos impulsados a redefinir la nación en términos de diversidad e hibridación antes que de homogeneidad e identidad.

En 2008 nos surgen dudas sobre la continuidad del maridaje estado-nación, e incluso proclamamos la muerte del estado soberano, o nos vemos impulsados a redefinir la nación en términos de diversidad e hibridación antes que de homogeneidad e identidad.

No es extraño. Es ya un lugar común entre las reflexiones de los intelectuales de nuestra época señalar hasta qué punto las transformaciones socioculturales que vive nuestro tiempo ponen en duda algunas de las premisas básicas del orden sociopolítico de los dos últimos siglos. Globalización, nuevas tecnologías de la comunicación, emigración, interculturalidad, movilidad de personas e ideas, internacionalización, crisis de las ideologías tradicionales... parecen incompatibles con “estado”, “nación” e incluso “sociedad” como categorías or-

denadoras de nuestras relaciones e insuficientes para expresar nuestros proyectos y expectativas.

Pero no se puede pensar en una alternativa posible si tales categorías expresan las “esencias” que enunciábamos más arriba. Por ello, la operación a realizar es doble. La primera, visitar nuestras experiencias históricas, para situarlas en un tiempo y un contexto preciso y analizarlas con las categorías científicas adecuadas. Se trata de desenterrar, para cada época, las matrices culturales que dan sentido a las acciones e instituciones, que permiten desentrañar lógicas en disputa o aflorar proyectos derrotados, y enmarcarlas en el modelo conceptual apropiado. Descubriremos así que ni estado ni nación nos valen para explicar la lógica de unas épocas en las que familia, parentesco, religión, monarquía, cuerpo o estamento son los elementos ordenadores. Hemos de darnos cuenta de que el “lenguaje” de la Modernidad, esa combinación de individuo, propiedad, mercado, estado, nación, sociedad civil, progreso, revolución industrial, laicismo e ideologías, se conformó para explicar un cúmulo de transformaciones y realidades sociales y políticas muy determinadas. El estado, por ejemplo, tenía relación con unas posibilidades muy concretas e históricamente circunscritas de ejercicio de la soberanía y de comunicación política, claramente relacionadas con unas condiciones de movilidad y unas posibilidades de homogeneidad cultural en nada semejantes ni a las precedentes ni a las actuales. Y hemos de darnos cuenta, también, de que al liberar a nuestra memoria de esa tiranía de los modelos conceptuales del presente, estamos también liberándonos para pensar en nuestro propio futuro. En efecto, al relativizar históricamente categorías como estado o nación nos concedemos la posibilidad de pensar en un futuro potencialmente libre de las mismas.

Esto nos lleva a la segunda operación, no menos trascendente que la primera. Liberados para pensar nuestro futuro, ¿cómo expresar nuestras expectativas y necesidades? La misma liberación nos hace conscientes de la ausencia de un lenguaje alternativo en el que expresar nuevos modelos. Necesitamos un nuevo discurso que atienda a las

necesidades de una sociedad compleja y un entorno que ya es global. Quizá el mejor ejemplo de lo que ocurre es el caso europeo.

Europa protagoniza desde mediados del siglo pasado uno de los experimentos políticos más apasionantes de los últimos tiempos. Es verdad que el “despotismo ilustrado” con el que, más veces de las necesarias, actúan nuestros prohombres de Bruselas está provocando un excesivo distanciamiento entre el proyecto y los ciudadanos. Pero, hecha esta salvedad, podemos considerar que el europeo es verdaderamente un laboratorio de las transformaciones políticas mundiales y un proyecto que es ya una referencia en el debate sobre la adaptación de los sistemas políticos a la nueva realidad global. Si algún acuerdo hay entre los intelectuales que lo analizan es que su conceptualización no cabe en las categorías tradicionales. Pues Europa no será un supra-estado, ni se trata de sustituir las actuales naciones por una nación europea, ni es posible ya hablar de soberanía en los términos tradicionales. Pero tampoco los europeos renuncian a sus sentimientos nacionales, bien presentes todavía, ni quieren prescindir de los beneficios civilizadores que representa el estado aunque se tengan muy presentes las limitaciones de éste para asegurar aquéllos.

Por eso, Europa, paralelamente a la configuración de una nueva realidad política, está construyendo —desde sus instituciones y sobre todo desde una intelectualidad interesada y en constante diálogo con el proceso— un nuevo lenguaje político capaz de expresar esa nueva realidad. Surgen así ideas novedosas, como la superación de las lealtades exclusivas que exigía el imaginario nacional,

Necesitamos un nuevo discurso que atienda a las necesidades de una sociedad compleja y un entorno que ya es global.

Hay utopías incluso después del fin de las ideologías.

los modelos de gobernanza multinivel —o en “red”— en los que el estado es uno de los actores y no el actor en exclusiva, unas identidades ya no basadas en la idea de homogeneidad cultural, sino en la tolerancia y en la aceptación de la diversidad, una asunción de la Declaración de Derechos Humanos que se toma como base para un nuevo constitucionalismo, una superación de la territorialidad estricta del modelo estatal-nacional y que convierte a las fronteras en centros —de interés intelectual y de acción y cooperación política— y no en áreas marginales.

Y sobre todo, y ante todo, Europa pretende ser un referente para una nueva “forma de estar” en el mundo superadora del “estado de naturaleza” que preside las relaciones internacionales. Un modelo de organización y cooperación para sociedades complejas, pero también un modelo que aspira a la formación de una nueva “Cosmópolis”. Un proyecto de integración regional que ambiciona generar otros procesos de integración a los que proporcionar sus valores de fondo.

¿Una utopía? Quizá sí. Al menos por el momento. Pero consuela pensar que hay utopías incluso después del fin de las ideologías. No menos utópicos eran los “sueños de la Razón” y los imaginarios nacionales de nuestros antepasados de 1808. Al fin y al cabo, dentro de un par de siglos alguien podría decir que, en 2008, en plena crisis financiera, siete años después de los atentados del 11-S, en plena ebullición de la conciencia planetaria, ante la falta de credibilidad de las instituciones internacionales, el cuestionamiento del liderazgo norteamericano, el surgimiento de las potencias asiáticas, el efecto dominó del proceso de integración regional en Europa o el drama de África... el mundo se tambaleaba mientras se anunciaban los albores de una nueva época.